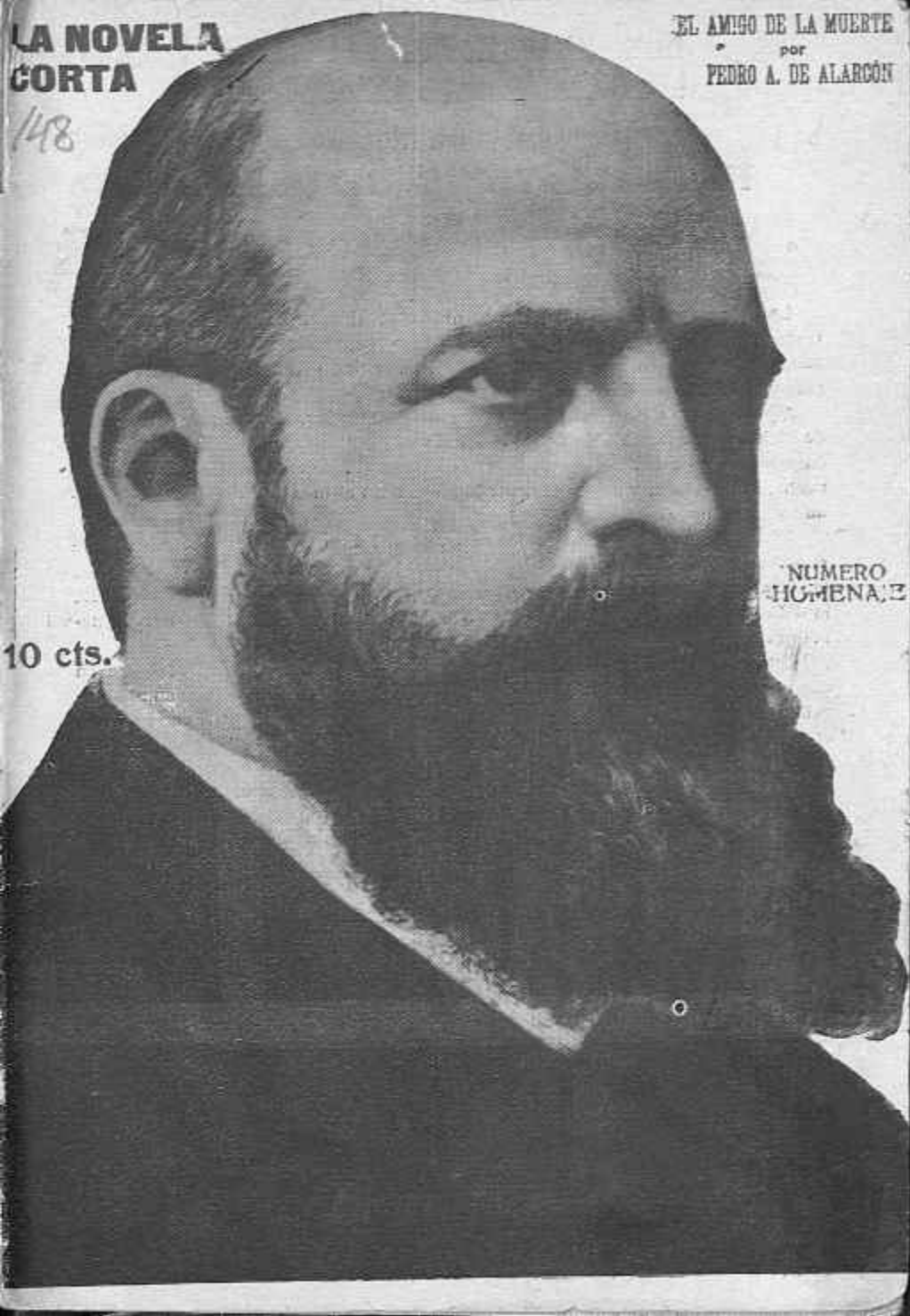




LA NOVELA
CORTA

148

EL AMIGO DE LA MUERTE
por
PEDRO A. DE ALARCÓN

NUMERO
HOMENAJE

10 cts.



Semblanza literaria
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

POR
CRISTÓBAL DE CASTRO

La enorme popularidad de Pedro Antonio de Alarcón se mantiene lozana aun. Hace unos meses «El sombrero de tres picos» reaparecía, en su cuarta o quinta adaptación escénica. Hace unos días, declaraba cierto editor que las obras que más vendía eran las del apasionado granadino.

¿Qué secreto tienen sus obras para conservar la juventud garrida? El secreto de Dickens y de Balzac, de Mauricio Jokai y de nuestro Galdós; la amenidad y los caracteres. Porque así como la guerra és, según Napoleón, «dinero, dinero y dinero», la literatura, y principalmente la novela, no es más que «amenidad, amenidad y amenidad».

Alarcón, periodista á los quince años, en «El Eco de Oriente»; redactor de «La Discusión», y del famoso «Padre Cobos»; corresponsal de guerra en Africa, cuando «El diario de un testigo», tenía el hábito de la improvisación periodística, la difícil facilidad, el alto don de ser ameno, que es el don de ser popular dignamente.

Esta cualidad suya, tan eminente en sus artículos periodísticos, adquiere en sus cuentos—vease «La mujer alta»—una brillantez que deslumbra, y en sus novelas—vease «El niño de la bola», o «La pródiga» o «El capitán Veneno»—la categoría literaria de un estilo. Añádanse esta condición «sine qua non» de la amenidad, aquellas singulares dotes de imaginación ardiente y notable poder de plasticismo y se tendrá explicada la popularidad de este escritor, que hace medio siglo era ya famoso y que al cabo de los cincuenta años, se vende más que ninguno de los actuales. Con decir que «El diario de un testigo de la guerra de Africa», se ha impreso por millones de ejemplares y que se sigue vendiendo aun, está dicho todo.

Sus novelas y cuentos se leen con vivísimo interés por el arte y el plasticismo que las ennoblecen. Algunas, como «El escándalo», fueron, sobre acontecimientos literarios, sucesos políticos muy ruidosos. Sus poesías de un estro exaltadísimo, sonoro y romántico, tienen una elegancia metafórica digna de los romances moriscos. Sus sátiras de «El látigo» emparejan con las del Provincial o las de Villamediana. Sus «Historietas nacionales» tienen el «novelesco» de Erman-Chatrian y el evangelismo patriótico de Amicis.

Es, por tanto, Alarcón un polígrafoliterario; poeta, periodista, novelista, dramaturgo—recuérdese «El hijo pródigo»—lleva su ingenio lírico y su andalucismo fino, hiperbólico, pujante, al periódico, al libro y a la escena con brío un ril y una amenidad insuperable.

1-E-603/48

R. 42771

El amigo de la Muerte

CUENTO FANTÁSTICO

PEDRO A. DE ALARCÓN



I

Méritos y servicios

Este era un pobre muchacho, alto, flaco, amarillo, con buenos ojos negros, la frente despejada y las manos más hermosas del mundo; muy mal vestido, de altanero porte y humor inaguantable...—Tenía diez y nueve años, y llamábase Gil Gil.

Gil Gil era hijo, nieto, bisnieto, chozno, y Dios sabe que más, de los mejores zapateros de viejo de la corte, y, al salir al mundo, causó la muerte a su madre, Crispina López, cuyos padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos honraron también la misma profesión.

Juan Gil, padre legal de nuestro melancólico héroe, no principió a amarlo desde que supo que llamaba con los talones a las puertas de la vida, sino meramente desde que le dijeron que había salido del claustro materno, por más que esta salida le dejase a él sin esposa; de donde yo me atrevo a inferir que el pobre maestro de obra prima y Crispina López fueron un modelo de matrimonios cortos, pero malos.

Tan corto fué el suyo que no pudo serlo más, si tenemos en cuenta que dejó fruto de bendición... hasta cierto punto. Quiero significar con esto que Gil Gil era setemesino, o, por mejor decir, que nació a los siete meses del casamiento de sus padres, lo cual no prueba siempre una misma cosa... Sin embargo, y juzgando sólo por las apariencias, Crispina López merecía ser más llorada de lo que la lloró su marido; pues al pasar a la suya desde la zapatería paterna, llevóle en dote, amén, de una hermosura casi excesiva y de mucha ropa de cama y de vestir, un riquísimo parroquiano—¡nada menos que un conde, y conde de Rionuevo!—, quien tuvo, durante algunos meses (creemos que siete), el extraño capricho de calzar sus menudos y delicados pies en la tosca obra del buen Juan, representante el más indigno de los santos mártires Crispín y Crispiniano, que de Dios gozan...

Pero nada de esto tiene que ver ahora con mi cuento, llamado *El Amigo de la Muerte*.

Lo que sí nos importa saber es que Gil Gil se quedó sin padre, o sea sin el honrado zapatero, a la edad de catorce años, cuando ya iba él siendo también un buen remendón, y que el noble conde de Rionuevo, compadecido del huerfanito, o prendado de sus clarísimas luces, que lo cierto nadie lo supo, se lo llevó a su propio palacio en calidad de paje, no empero sin gran repugnancia de la señora condesa, quien ya tenía noticias del niño partido por Crispina López.

Nuestro héroe había recibido alguna educación—leer, escribir, contar y doctrina cristiana—; de manera que pudo emprenderla desde luego con el latín bajo la dirección de un fraile jerónimo que entraba mucho en casa del conde...; y, en verdad sea dicho, fueron estos años los más dichosos de la vida de Gil Gil; dichosos, no porque careciese el pobre de disgustos (que se los daba y muy grandes la condesa, recordándole a todas horas la lezna y el firapí), sino porque acompañaba de noche a su protector a casa del duque de Montecclaro, y el duque de Montecclaro tenía una hija, presunta universal y única heredera de todos sus bie-

nes y rentas habidos y por haber, y hermosísima por añadidura..., aunque el tal padre era bastante feo y desgraciado.

Rayaba Elena en los doce Febreros cuando la conoció Gil Gil; y como en aquella casa pasaba el joven paje por hijo de una muy noble familia arruinada—piadoso embuste del conde de Rionuevo—, la aristocrática niña no se desdenó de jugar con él a las cosas que juegan los muchachos, llegando hasta darle, por supuesto en broma, el dictado de *novio*, y aun a cobrarle algún cariño cuando los doce años de ella se convirtieron en catorce, y los catorce de él en diez y seis.

Así transcurrieron tres años más.

El hijo del zapatero vivió todo este tiempo en una atmósfera de lujo y de placeres: entró en la corte; trató con la grandeza; adquirió sus modales; tartamudeó el francés (entonces muy de moda), y aprendió, en fin, equitación, baile, esgrima, algo de ajedrez y un poco de nigromancia.

Pero he aquí que la *Muerte* vino por tercera vez, y ésta más despiadada que las anteriores, a echar por tierra al porvenir de nuestro héroe. El conde de Rionuevo falleció *ab intestato*, y la condesa viuda, que odiaba cordialmente al protegido de su difunto, le participó, con lágrimas en los ojos y veneno en la sonrisa, que abandonase aquella casa sin pérdida de tiempo, pues su presencia le recordaba la de su marido, y esto no podía menos de entristecerla.

Gil Gil creyó que despertaba de un hermoso sueño, o que era presa de cruel pesadilla. Ello es que cogió debajo del brazo los vestidos que quisieron dejarle, y abandonó, llorando a lágrima viva, aquel que ya no era hospitalario techo.

Pobre, y sin familia ni hogar a qué acogerse, recordó el desgraciado que en cierta calleja del barrio de las Vistillas poseía un humilde portal y algunas herramientas de zapatero encerradas en un arca; todo lo cual corría a cargo de la vieja más vieja de la vecindad, en cuya casa había encontrado el misero caricias y hasta confitura en vida del virtuoso Juan Gil... Fué, pues, allá: la vieja duraba todavía; las herramientas se hallaban en buen estado, y el alquiler del portal le había producido en aquellos años unos siete doblones, que la buena mujer le entregó, no sin regarlos antes con lágrimas de alegría.

Gil decidió vivir con la vieja, dedicarse a la obra prima y olvidar completamente la equitación, las armas, el baile y el ajedrez... ¡Pero de ningún modo a Elena de Montecarlo!

Esto último le hubiera sido imposible.

Comprendió, sin embargo, que había muerto para ella, o que ella había muerto para él; y, antes de colocar la fúnebre losa de la desesperación sobre aquel amor inextinguible, quiso dar un adiós supremo a la que era hacía mucho tiempo alma de su alma.

Vistióse, pues, una noche con su mejor ropa de caballero, y tomó el camino de la casa del duque.

A la puerta había un coche de camino con cuatro mulas ya enganchadas.

Elena subía a él seguida de su padre.

—¡Gil!—exclamó dulcemente al ver al joven.

—¡Vamos!—gritó el duque al cochero sin oír la voz de ella ni ver al antiguo paje de Rionuevo.

Las mulas partieron a escape.

El infeliz tendió los brazos hacia su adorada, sin tener ni aun tiempo para decirle ¡adiós!

—¡A ver!—gruñó el portero—; ¡hay que cerrar!

Gil volvió de su atolondramiento.

—¡Se van!—dijo.

—Sí, señor, ¡a Francia!—respondió el portero secamente, dándole con la puerta en los hocicos.

El ex paje volvió a su casa más desesperado que nunca; desnudóse y guardó la ropa; se vistió lo peor que pudo, cortóse los cabellos; se afeitó un ligero bozo que ya le apuntaba, y al día siguiente tomó posesión de la desvencijada silla que Juan Gil ocupó durante cuarenta años entre hormas, cuchillas, leznas y cerote.

Así lo encontramos al empezar este cuento, que, como ya queda dicho se titula EL AMIGO DE LA MUERTE.

más servicios y méritos

Acababa el mes de junio de 1724.

Gil Gil llevaba dos años de zapatero; mas no por esto creáis que se había resignado con su suerte.

Tenía que trabajar día y noche para ganarse el preciso sustento, y lamentaba a todas horas el deterioro consiguiente de sus hermosas manos; leía cuando le faltaba parroquia, y ni por casualidad pisaba en toda la semana el dinteí de su escondido albergue. ¡Allí vivía sólo, taciturno, hipocondríaco, sin otra distracción que oír de labios de la vieja alguna que otra descripción de la hermosura de Crispina López o de la generosidad del conde de Rionuevo!

Ahora, los domingos, la cosa variaba completamente. Gil Gil se ponía sus antiguos vestidos de paje, muy conservados el resto de la semana, y se iba a las gradas de la iglesia de San Millán, la más próxima al palacio de Monteclaro, y donde su inolvidable Elena oía misa en mejores tiempos.

Allí la esperó un año y otro sin verla parecer. En cambio, solía encontrar estudiantes y pajes que trató cuando niño, y que le ponían ahora al corriente de cuanto sucedía en las altas esferas que ya no frecuentaba..., y por ellos precisamente estaba enterado de que su adorada seguía en Francia... ¡Por supuesto, nadie sospechaba en aquellos barrios que nuestro joven fuese en otros un pobre remendón, sino que todos le creían poseedor de algún legado del conde de Rionuevo, quien manifestó en vida demasiada predilección al joven paje, para que se pudiera creer que no había pensado en asegurar su porvenir.

Así las cosas, y por la época que hemos citado al empezar este capítulo, hallándose Gil Gil un día de fiesta a la puerta del susodicho templo, vió llegar dos damas lujosamente vestidas y con gran séquito, las cuales pasaron lo bastante cerca de él para que reconociese en una de ellas a su fatal enemiga la condesa de Rionuevo.

Iba nuestro joven a esconderse entre la multitud, cuando la otra dama se levantó el velo, y... ¡oh ventura!... Gil Gil vió que era su adorada Elena, la dulce causa de sus acerbos pesares.

El pobre mozo dió un grito de frenética alegría y se adelantó hacia la beldad.

Elena lo reconoció al momento, y exclamó con igual ternura que dos años antes:

—¡Gil!

La condesa de Rionuevo apretó el brazo a la heredera de Monteclaro, y murmuró, volviéndose a Gil Gil:

—Te he dicho que estoy contenta con mi zapatero... ¡Yo no calzo de vicjo!... Déjame en paz.

Gil Gil palideció como un difunto y cayó contra las losas del atrio.

Elena y la condesa penetraron en el templo.

Dos o tres estudiantes que presenciaron la escena se rieron a todo trapo, aunque no la entendieron completamente.

Gil Gil fué conducido a su casa.

Allí le esperaba otro golpe.

La vieja que constituía toda su familia había muerto de lo que se llama *muer-te* senil.

El cayó en cama con una fiebre cerebral muy intensa, y estuvo, como quien fice, a las puertas de la *muerte*.

Cuando volvió en sí, se encontró con que un vecino de aquella calle, más pobre aún que él, lo había cuidado durante su larga enfermedad, no sin verse obligado, para costear médico y botica, a vender los muebles, las herramientas, el portal, los libros y hasta el traje de caballero de nuestro joven.

Al cabo de dos meses, Gil Gil, cubierto de harapos, hambriento, debilitado por la enfermedad, sin un maravedí, sin familia, sin amigos, sin aquella vieja a quien amaba ya como a una madre, y, lo que era peor de todo, sin esperanzas de volver a acercarse a su amiga de los primeros años de la juventud, a su soñada y bendecida Elena, abandonó el portal (asilo de sus ascendientes y ya propiedad de otro zapatero) y tomó a la ventura por la primera calle que encontró, sin saber

adónde iba, ni qué hacer, ni a quién dirigirse, ni cómo trabajar, ni para qué vivir...

Llovía. Era una de esas tristesimas tardes en que parece que hasta los relojes tocan a muerto; en que el cielo está cubierto de nubes y la tierra de lodo; en que el aire, húmedo y macilento, ahoga los suspiros dentro del corazón del hombre; en que todos los pobres sienten hambre, todos los huérfanos frío y todos los desdichados envidia a los que ya murieron.

Anocheció, y Gil Gil, que tenía calentura, acurrucóse en el hueco de una puerta y se echó a llorar con infinito desconsuelo...

La idea de la *muerte* ofrecióse entonces a su imaginación, no entre las sombras del miedo y las convulsiones de la agonía, sino afable, bella y luminosa, como la describe Espronceda.

El desgraciado cruzó los brazos contra su corazón como para retener aquella dulce imagen que tanto descanso, tanta gloria y tanta dicha le ofrecía, y, al hacer este movimiento, sintió que sus manos se posaban sobre una cosa dura que tenía en el bolsillo.

La reacción fué súbita; la idea de la vida, o de la conservación, que corría atribulada por el cerebro de Gil Gil huyendo de la otra idea que hemos enunciado, asióse con toda su fuerza a aquel inesperado accidente que se le presentaba al borde mismo del sepulcro.

La esperanza murmuró en su oído mil seductoras promesas que le indujeron a sospechar si aquella cosa dura que había tocado sería dinero, o una enorme piedra preciosa, o un talismán... algo, en fin, que encerrase la vida, la fortuna, la dicha y la gloria (que para él se reducían al amor de Elena de Montecarlo); y, diciendo a la muerte: *Aguarda...* se llevó la mano al bolsillo.

Pero ¡ay! la cosa dura era el barrilillo de ácido sulfúrico, o, por decirlo más claramente, de *aceite vitriolo*, que le servía para hacer betún, y que, último resto de sus útiles de zapatero, se hallaba en su faltriquera por una casualidad inexplicable.

De consiguiente, allí donde el desgraciado creyó ver su áncora de salvación, encontraron sus manos un veneno, y de los más activos.

—¡Muramos, pues!—se dijo entonces.

Y se llevó el bote a los labios...

Y una mano fría como el granizo se posó sobre sus hombros, y una voz dulce, tierna, divina, murmuró sobre su cabeza estas palabras:

¡HOLA AMIGO!

III

De cómo Gil Gil aprendió medicina en una hora

Ninguna frase pudiera haber sorprendido tanto a Gil Gil como la que acababa de escuchar:

—¡Hola, amigo!

El no tenía amigos.

Pero mucho más le sorprendió la horrible impresión de frío que le comunicó la mano de aquella sombra, y aun el tono de su voz, que penetraba, como el viento del polo, hasta la médula de los huesos.

Hemos dicho que la noche estaba muy oscura...

El pobre huérfano no podía, por consiguiente, distinguir las facciones del sér recién llegado, aunque si su negro traje talar, que no correspondía precisamente a ninguno de los dos sexos.

Lleno de dudas, de misteriosos temores y hasta de una curiosidad vivísima, levantóse Gil del tranco de la puerta en que seguía acurrucado, y murmuró con voz desfallecida, entrecortada por el castañeteo de sus dientes:

—¿Qué me queréis?

—¡Eso te pregunto yo!—respondió el sér desconocido, enlazando su brazo al de Gil Gil con familiaridad afectuosa.

—¿Quién sois?—replicó el pobre zapatero, que se sintió morir al frío contacto de aquel brazo.

—Soy la persona que buscas.

—¡Quién!... ¿Yo?... ¡Yo no busco a nadie!—replicó Gil queriendo desasirse.

—Pues ¿por qué me has llamado?—repuso aquella *persona*, estrechándole el brazo con mayor fuerza.

—¡Ah!... Dejadme...

—Tranquilízate, Gil, que no pienso hacerte daño alguno—respondió el ser misterioso—... ¡Ven! Tú tiembles de hambre y de frío... Allí veo una hostería abierta, en la que cabalmente tengo *que hacer* esta noche... Entremos y tomarás algo.

—No os conozco...—replicó el zapatero.

—¡Sin embargo, he entrado en tu casa muchas veces! Por mí quedaste sin madre al tiempo de nacer; yo fui causa de la apoplejía que mató a Juan Gil; yo te arrojé del palacio de Rionuevo; yo asesiné un domingo a tu vieja compañera de casa; yo, en fin, te puse en el bolsillo ese bote de ácido sulfúrico...

Gil Gil tembló como un azogado; sintió que la raíz del cabello se le clavaba en el cráneo, y creyó que sus músculos crispados se rompían.

—¡Eres el demonio!—exclamó con indecible miedo.

—¡Niño!—contestó la enlutada persona en son de amable censura—. ¿De dónde sacas eso? ¡Yo soy algo más y mejor que el triste sér que nombras!

—¿Quién eres, pues?

—Entremos en la hostería y lo sabrás.

Gil entró apresuradamente; puso al desconocido sér delante del humilde farol que alumbraba el aposento, lo miró con avidez inmensa...

Erase una persona como de treinta y tres años, alta, hermosa, pálida, vestida con una larga túnica y una capa negra, y cuyos luengos cabellos cubría un gorro frigio, también de luto.

No tenía ni asomos de barba, y, sin embargo, no parecía mujer. Tampoco parecía hombre, a pesar de lo viril y enérgico de su semblante.

Lo que realmente parecía era un sér humano sin sexo, un cuerpo sin alma, o más bien un alma sin cuerpo mortal determinado. Dijérase que era una negación de personalidad.

Sus ojos no tenían resplandor alguno. Recordaban la negrura de las tinieblas. Eran, sí, unos ojos de sombra, unos ojos de luto, unos ojos muertos... Pero tan apacibles, tan inofensivos, tan profundos en su mudez, que no se podía apartar la vista de ellos. Atraían como el mar; fascinaban como un abismo sin fondo; consolaban como el olvido.

Así fué que Gil Gil, a poco que fijó los suyos en aquellos ojos inanimados, sintió que un velo negro lo envolvía, que el orbe tornaba al caos, y que el ruido del mundo era como el de una tempestad que se lleva el aire...

Entonces aquel sér misterioso dijo estas tremendas palabras:

—Yo soy la *Muerte*, amigo mío... Yo soy la *Muerte*, y Dios es quien me envía... ¡Dios, que te tiene reservado un glorioso lugar en el cielo! Cinco veces he causado tu desventura, y yo, la deidad implacable, te he tenido compasión. Cuando Dios me ordenó esta noche llevar ante su tribunal tu alma impia, le rogué que me confiase tu existencia y me dejase vivir a tu lado algún tiempo, ofreciéndole entregarle al cabo tu espíritu limpio de culpa y digno de su gloria. El cielo no ha sido sordo a mi súplica. ¡Tú eres, pues, el primer mortal a quien me he acercado sin que su cuerpo se torne fría ceniza! ¡Tú eres mi único amigo! Oye ahora, y aprende el camino de tu dicha y de tu salvación eterna.

Al llegar aquí la *Muerte*, Gil Gil murmuró una palabra casi ininteligible.

—Te he comprendido...—replicó la *Muerte*—. Me hablas de Elena de Montecarlo.

—¡Sí!—respondió el joven.

—¡Te juro que no la estrecharán otros brazos que los tuyos o los míos! ¡Y, además, te repito que he de darte la felicidad de este mundo y la del otro! Para ello bastará con lo siguiente: Yo, amigo mío, no soy la Omnipotencia... ¡Mi poder es muy limitado, muy triste! Yo no tengo la facultad de crear. Mi ciencia se reduce a destruir. Sin embargo, está en mis manos darte una fuerza, un poder, una riqueza mayor que la de los príncipes y emperadores... ¡Voy a hacerte médico; pero *médico amigo mío*, médico que me conozca, que me vea, que me hable! Adivina lo demás.

Gil Gil estaba absorto.

—¿Será verdad?— exclamó cual si luchara con una pesadilla.

—Todo es verdad, y algo más que te iré diciendo... Por ahora sólo debo advertirte que tú no eres hijo de Juan Gil. Yo oigo la confesión de todos los moribundos, y sé que eres hijo natural del conde de Rionuevo, tu difunto protector, y de Crispina López, que te concibió dos meses antes de casarse con el infortunado Juan Gil.

—¡Ah, calla!—exclamó el pobre niño tapándose el rostro con las manos.

Luego, herido de una súbita idea, exclamó con indescriptible horror:

—¿Conque tú matarás a Elena algún día?

—Tranquilízate...—respondió la divinidad—. ¡Elena no morirá nunca para tí. Así, pues, responde!... ¿quieres o no quieres ser mi amigo?

Gil contestó con esta otra pregunta:

—¿Me darás en cambio a Elena?

—Te he dicho que sí.

—¡Pues esta es mi mano!—añadió el joven alargándosela a la *Muerte*.

Pero otra idea más horrible que la anterior le asaltó en aquel momento.

—¡Con estas manos que estrechan la mía—dijo—, mataste a mi pobre madre!

—¡Sí! ¡Tu madre murió!...—respondió la *Muerte*—. Entiende, sin embargo, que yo no le causé dolor alguno... ¡Yo no hago sufrir a nadie! Quién os atormenta hasta que dais el último suspiro es mi rival la *Vida*, ¡esa vida que tanto amáis!

Gil se arrojó en brazos de la *Muerte* por toda contestación.

—Vamos, pues—dijo el ser enlutado.

—¿Adonde?

—A la Granja, a comenzar tus funciones de médico.

—Pero, ¿a quién vamos a ver?

—Al ex-rey Felipe V.

—¿Cómo! ¿Felipe V va a morir?

—Todavía no; antes ha de volver a reinar, y tú vas a regalarle la corona.

Gil inclinó la frente, abrumado bajo el peso de tantas nuevas ideas. La *Muerte* lo cogió del brazo y lo sacó de la hostería.

No habían llegado a la puerta, cuando oyeron a su espalda gritos y lamentaciones.

El dueño de la hostería acababa de morir.

IV

Lo cierto por lo dudoso

Eran las diez de la mañana del 30 de Agosto de 1724, cuando Gil Gil, perfectamente alicionado por aquella potestad negativa, penetraba en el palacio de San Ildefonso y pedía audiencia a Felipe V.

Recordemos al lector la situación de este monarca en el día y hora que acabamos de citar.

El primer Borbón de España, nieto de Luis XIV de Francia, aceptó el trono español cuando no podía soñar con sentarse en el trono francés. Pero fueron muriendo otros príncipes, tíos y primos suyos, que le separaban del solio de su tierra nativa, y, entonces, a fin de habilitarse para ocuparlo, si moría también su sobrino Luis XV (que estaba muy enfermo y sólo contaba catorce años de edad), abdicó la corona de Castilla en su hijo Luis I y se retiró a San Ildefonso.

En tal situación, no sólo mejoró algo de salud Luis XV, sino que Luis I cayó en cama gravísimamente atacado de viruelas, ¡hasta el extremo de temerse ya por su vida!... Diez correos, escalonados entre la Granja y Madrid, llevaban cada hora a Felipe noticias del estado de su hijo, y el padre ambicioso, excitado además por su célebre segunda esposa Isabel Farnesio (mucho más ambiciosa que él), no sabía qué partido tomar en tan inesperado y grave conflicto.

¿Iba a vacar el trono de España antes que el de Francia? ¿Debía manifestar su intención de reinar de nuevo en Madrid, disponiéndose a recoger la herencia de su hijo?

Tal era la circunstancia en que nuestro amigo Gil Gil se anunciaba al meditando Felipe, diciéndose portador de importantísimas noticias.

—¿Qué me quieres?—preguntó el rey sin mirarlo cuando lo sintió dentro de la cámara.

—¿Qué me quieres?

—Señor, yo soy médico...—respondió el joven tranquilamente—, y tengo tal fe en mi ciencia, que me atrevo a decir a V. M. el día, la hora y el instante en que ha de morir Luis I.

Felipe V miró con más atención a aquel niño cubierto de harapos, cuyo rostro tenía tanto de hermoso como de sobrenatural.

—¿Quién diablos eres, cara de buho?

—¡Soy el *Amigo de la Muerte*!—respondió nuestro joven sin pestañear.

—Muy señora mía y de todos los pecadores...—dijo el rey con aire de broma, a fin de disfrazar su pueril espanto—. ¿Y qué decías de nuestro hijo?

—Digo, señor—exclamó Gil Gil dando un paso hacia el rey, quien retrocedió a su pesar—, que vengo a traer os una corona... no os diré si la de España o la de Francia, pues este es el secreto que habéis de pagarme. Digo que estamos perdiendo un tiempo precioso, y que, por consiguiente, necesito hablaros muy pronto y claro. Oídme, por tanto, con atención. Luis I está agonizando... Su enfermedad es, sin embargo, de las que tienen cura... V. M. es el perro de la fábula... Teníais en la cabeza la corona de España: os bajásteis para coger la de Francia; se os cayó la vuestra sobre la cuna de vuestro hijo; Luis XV se ciñó la suya, y vos os quedásteis sin la una y sin la otra....

—¡Habla... habla!—dijo Felipe con ansiedad. ¡Habla! ¡De todos modos has de ir de aquí a una mazmorra, donde sólo te oigan las paredes!...

El ex zapatero sonrió con desdén.

—¡Cárcel! ¡Horca!...—exclamó—. ¡He aquí todo lo que los reyes sabéis!—Pero yo no me asusto. Escuchadme otro poco, que voy a concluir. Yo, señor, necesito ser médico de cámara, obtener un título de duque y ganar hoy mismo treinta mil pesos... ¿Se ríe V. M.? ¡Pues los necesito tanto como V. M. saber si Luis I morirá de las viruelas?

—¿Y qué?, ¿lo sabes tú?—preguntó el rey en voz baja, sin poder sobreponerse al terror que le causaba aquel muchacho.

—Puedo saberlo esta noche.

—¿Cómo?

—Ya os he dicho que soy *Amigo de la Muerte*.

—¿Y qué es eso? ¡Explicámelo!

—Eso... ¡yo mismo lo ignoro! Llevadme al Palacio de Madrid... Hacedme ver al rey reinante, y yo os diré la sentencia que el Eterno haya escrito sobre su frente.

—¿Y si te equivocas!—dijo el de Anjou acercándose más a Gil Gil.

—¡Me ahorcáis!... para lo cual me retendréis preso todo el tiempo que os plazca.

V

Conferencia preliminar

Serían las seis de la tarde cuando Gil Gil y el capitán se apeaban a las puertas de palacio.

Un gentío inmenso inundaba aquellos lugares, sabedor del peligro en que se encontraba la vida del joven rey.

Al poner nuestro amigo el pie en el umbral del alcázar dió de manos a boca con la *Muerte* que salía con paso precipitado.

—¿Ya?—preguntó Gil Gil lleno de susto.

—¡Todavía no!—respondió la siniestra deidad.

El médico respiró con satisfacción.

—Pues ¿cuándo?—replicó al cabo de un momento.

—Escucha, si cuando veas al rey Luis estoy en la cámara, su enfermedad no tiene cura.

—¿Y estarás?

—No sé todavía si estaré... Yo soy ubicua, y si recibo órdenes superiores, allí me verás como dondequiera que me halle..

38 —¿Qué hacías ahora aquí?

—Vengo de matar un caballo.

Gil Gil retrocedió lleno de asombro.

—¿Cómo?—exclamó—. ¡También tienes que ver con los irracionales!...

—¿Qué es eso de irracionales? ¿Acaso los hombres tenéis verdadera razón? ¡La razón es una sola y esta no se ve desde la Tierra!

—¡Espera!—dijo, viendo que el ser enlutado se alejaba—. Repíteme aquello de las horas, pues no quiero equivocarme... Si estás en la habitación de un enfermo, pero no lo miras, significa que el paciente muere de aquella enfermedad...

—¡Cierto! Mas si estoy de cara a él, fenece dentro del día... Si yazgo en su mismo lecho, le quedan tres horas de existencia... Si lo encuentras entre mis brazos, no respondas sinó de una hora... Y si me ves besarle la frente, reza un credo por su alma.

—¿Y no me hablarás ni una palabra?

—¡Ni una! Carezco de permiso para revelarte de esa manera los propósitos del Eterno. Tu ventaja sobre los demás hombres consiste solamente en que soy visible para tí. Conque adiós, ¡y no me olvides!

Dijo, y se desvaneció en el espacio.

VI

La cámara real

Gil Gil penetró en la regia morada ni arrepentido ni contento de haber entablado relaciones con la personificación de la *Muerte*.

El Palacio era, pues, un laberinto de encontrados deseos, de opuestas ambiciones, de intrigas y recelos, de temores y esperanzas.

Gil Gil penetró en la cámara buscando con la vista a una sola persona: a su inolvidable Elena.

Cerca del lecho del rey vió al padre de ésta, al grande amigo del difunto conde de Rionuevo, al duque de Montecarlo, en fin, el cual hablaba con los arzobispos de Santiago y de Toledo, con el marqués de Mirabal y con don Miguel de Guerra, los cuatro más encarnizados enemigos de Felipe V.

El duque de Montecarlo no reconoció al antiguo paje, compañero de infancia de su encantadora hija.

En otro lado, y no sin cierta impresión de miedo, el *Amigo de la Muerte* vió, entre las damas que rodeaban a la joven y hermosa Luisa Isabel de Orleans, a su imitable y eterna enemiga la condesa de Rionuevo.

Gil Gil pasó casi rozando con su vestido al ir a besar la mano a la reina.

La condesa no reconoció tampoco al hijo natural de su marido.

En esto se levantó un tapiz detrás del grupo que formaban las damas, y apareció, entre otras dos o tres que Gil Gil no conocía, una mujer alta, pálida, hermosísima...

Era Elena de Montecarlo.

Gil Gil la miró intensamente, y la joven se estremeció al ver aquella fúnebre y bella fisonomía.

¡Gil en la corte! ¡Gil consolando a la reina, a aquella princesa altiva y burlona que todo lo desdeñaba!

—¡Ah! ¡Sin duda es un sueño!—pensó la encantadora Elena.

—Venid, doctor...—dijo en esto el marqués de Mirabal—: S. M. ha despedido.

Tendió el rey niño una angustiosa mirada a aquel otro adolescente que se acercaba a su lecho, y al encontrarse con sus mudos y sombríos ojos, insondables como el misterio de la eternidad, dió un ligero grito y ocultó el semblante bajo las sábanas.

Gil Gil, en tanto, miraba a los cuatro ángulos de la habitación buscando a la *Muerte*.

Pero la *Muerte* no estaba allí.

—¿Vivirá?—le preguntaron en voz baja algunos cortesanos, que habían creído leer una esperanza en el rostro de Gil Gil.

Iba a decir *que sí*, olvidando que su opinión debía darla solamente a Felipe V, cuando sintió que le tiraban de la ropa.

Volvióse, y vió cerca de sí a una persona vestida de negro, que se hallaba de espaldas al lecho del rey...

Era la *Muerte*.

—Morirá de esta enfermedad; pero no hoy—pensó Gil Gil.

—¿Qué os parece?—le preguntó el arzobispo de Toledo, sintiendo, como todos, aquel invencible respeto que infundía el rostro sobrehumano de nuestro joven.

—Dispensadme...—respondió el exzapatero—. Mi opinión queda reservada para el que me envía.

En esto reparó Gil Gil en que la *Muerte*, no contenta con acechar al monarca, aprovechaba su permanencia en la cámara real para sentarse al lado de una dama... casi en su misma silla... y mirarla con fijeza.

La *sentenciada* era la condesa de Rionuevo.

—¡Tres horas!—pensó Gil Gil.

—Necesito hablaros...—siguió diciéndole entretanto el marqués de Mirabal, a quien se le había ocurrido nada menos que comprar su secreto al extraño médico.

Gil aprovechó aquel momento para dar un gran paso en su carrera y fijar su reputación en la corte.

—Señor...—dijo al arzobispo de Toledo—. La condesa de Rionuevo a quien veis tranquila y sola en aquel rincón... (ya sabemos que la *Muerte* solo era visible a los ojos de Gil Gil) morirá antes de tres horas. Aconsejadle que disponga su espíritu para el supremo trance.

El arzobispo retrocedió espantado.

—¿Qué es eso?—preguntó don Miguel de Guerra.

El Prelado contó a varias personas la profecía de Gil Gil, y todos los ojos se fijaron en la condesa, que, efectivamente, empezaba a palidecer horriblemente.

Gil Gil, entretanto; se acercaba a Elena.

—Elena...—murmuró el joven al pasar por su lado.

—Gil...—contestó ella maquinalmente—. ¿Eres tú?

—¡Sí, yo soy!—replicó él con idolatría—. Nada temas.

Y salió de la habitación.

El capitán lo esperaba en la antecámara.

Gil Gil escribió algunas palabras en un papel y dijo al fiel servidor de Felipe V.

—Tomad... y no perdáis un momento. ¡A la Granja!

En este momento se oyó en la cámara real un fuerte murmullo.

—¡El médico! ¡Ese médico!—salieron gritando algunas personas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gil Gil.

—La condesa de Rionuevo se muere...—dijo don Miguel de Guerra—. ¡Venid! Por aquí... Ya estará en la cámara de la reina...

Gil siguió a Guerra y penetró en la cámara de la esposa de Luis I.

VII

Revelaciones

—¡Oye!—dijo una voz a Gil Gil cuando caminaba hacia el lecho en que yacía la condesa de Rionuevo.

—¡Ah! ¿Eres tú?—exclamó nuestro joven reconociendo a la *Muerte*—. ¿Ha expirado ya?

—¿Quién?

—La condesa...

—No.

—Pues, ¿cómo la abandonas?

—No la he abandonado, amigo mío, sino que, como ya te he dicho, yo estoy a un mismo tiempo en todas partes y bajo diversas formas.

—¡Adelante!

—¡Un poco de paciencia! Vas a hablar por última vez con la condesa de Rionuevo, y es de mi deber contarte cierta historia.

—Es inútil. Yo perdono a esa mujer.

—¡Se trata de Elena, majadero!—exclamó la *Muerte*.
—¡Cómo!
—Digo se trata de que seas noble y puedas casarte con ella.
—¡Noble lo soy ya!... El rey Felipe V me hace duque.
—Montecarlo no se contentará con un advenedizo... Necesitas ascenden-
tes.

—¡Oh!
—¡Calma, que todo puede arreglarse! Tu padre poseía una declaración de Crispina López, otra de Juan Gil, y además una justificación facultativa en toda forma, que acreditaban perfectamente que tú eres hijo natural del conde de Rionuevo y de Crispina López, concebido cuando los dos eran solteros. Esto mismo confesó tu padre a la hora de la muerte ante un cura y un escribano que yo vi allí y que conozco perfectamente... Por cierto que el cura... Pero esto no puedo decírtelo. En fin, el caso es que el conde te nombró su único y universal heredero; cosa que podía hacer con tanta mayor facilidad, cuanto que no tenía ningún pariente próximo ni lejano. Ni paró aquí la solicitud con que aquel buen padre echaba lon cimientos de tu felicidad futura desde el borde mismo del sepulcro...

—¡Oh, padre mío!—murmuró Gil Gil.
—Escucha. Tú sabes la gran amistad que unía de muy antiguo al honrado conde con el duque de Montecarlo, compañero suyo de armas durante la guerra de Sucesión...

—Sí, la sé.
—Pues bien—continuó la *Muerte*—: tu padre, adivinando el amor que profesabas a la encantadora Elena, dirigió al duque, pocos momentos antes de expirar, una larga y sentida carta en que se lo declaraba todo, le pedía para tí la mano de su hija, y le recordaba tantas y tan señaladas pruebas de amistad como se habían dado en todo tiempo...

—¿Y esa carta?—preguntó Gil Gil con extraordinaria vehemencia. ¿Quién la tiene?

—La misma persona que la interceptó.
—¡La condesa!
—La condesa.
—¡Oh!...—exclamó el joven, dando un paso hacia el lecho de agonía.
—Espera—dijo la *Muerte*—No he concluido aún. La condesa conserva también el testamento de su marido.

—Es decir...—exclamó—, que si logro apoderarme de esos documentos...
—Mañana puedes casarte con Elena.
—¡Oh, Dios!—murmuró el joven dando otro paso hacia el lecho.
—Aún *habría* que vencer otro obstáculo...
—¿Cual?

—Que Elena está prometida por su padre a un sobrino de la condesa, al vizconde de Daimiel.

—¡Como! ¿Ella le ama?
—No: pero es lo mismo, puesto que hace dos meses contrajeron esponsales...
—¡Oh!... ¡Conque todo es inútil!—exclamó Gil con desesperación.
—¡Lo hubiera sido sin mí!—replicó la *Muerte*—. Pero ya te dije a las puertas de este palacio que trataba de frustrar una boda...

—¡Cómo! ¿Has matado al vizconde?
—¡Yo!...—exclamó la *Muerte* con cierto terror sarcástico—. ¡Dios me libre!... Yo no lo he matado... El se ha muerto.

—¡Ah!
—¡Chito!... Nadie lo sabe todavía... Su familia cree en este instante que el pobre joven está durmiendo la siesta.

VIII

El alma

Aunque la condesa de Rionuevo, la terrible enemiga de Gil Gil, hace tan odio so papel en nuestra historia, no era, como muchos habrían quizás imaginado, una mujer vieja y fea.

La ilustre moribunda que a la sazón tendría treinta y cinco años, se hallaba en toda la plenitud de una magnífica hermosura.

Gil Gil, que tanto odiaba a aquella mujer, no dejó de sentir esta complicada impresión de lástima y asombro, y cogiendo maquinalmente la hermosa mano que le tendía la enferma, murmuró con más tristeza que resentimiento:

—¿Me conocéis?

—¡Salvadme!—respondió la moribunda sin escuchar la pregunta de Gil Gil.

En esto se deslizó por detrás de las cortinas un nuevo personaje, y vino a colocarse entre los dos interlocutores, apoyando un codo en la almohada y la cabeza sobre una mano.

Era la *Muerte*.

—Concluye, Gil, concluye... que la hora eterna se aproxima.

—¡Ah! ¡Yo no quiero que muera!—respondió Gil—. ¡Aun puede enmendarse, aun puede remediar todo el mal que ha hecho!... ¡Salva su cuerpo, y yo te respondo de salvar su alma!

—Concluye, Gil, concluye—repitió la *Muerte*—, que la hora eterna va a sonar.

—¡Pobre mujer!—murmuró el joven con piedad a la condesa.

—¡Gil Gil!—exclamó la condesa, perdiendo el sentido.

—¿Se ha muerto?—preguntó el médico a la *Muerte*.

—No. Aún le queda media hora.

—¡Gil!...—suspiró la moribunda.

El joven llamó al duque de Monteclaro, al arzobispo y a otros tres nobles de los muchos que había en la cámara, y les dijo:

—Escuchad la confesión pública de un alma que vuelve a Dios.

Los personajes susodichos se acercaron a la moribunda, arrastrados más por el inspirado rostro que por las palabras de Gil Gil.

—Duque—murmuró la condesa al ver a Monteclaro—, mi confesor tiene una llave... Señor...—continuó volviéndose al arzobispo—, pedídsela... Este niño, este médico, este ángel, es hijo *natural reconocido* del conde de Rionuevo, mi difunto esposo, quien, al morir, os escribió una carta, duque, pidiéndoos para él la mano de Elena. Con esa llave... en mi alcoba... todos los papeles... ¡Yo lo ruego!... ¡Yo lo mando!...

Dijo, y cayó sobre las almohada sin luz en los ojos, sin aliento en los labios, sin color en el semblante.

Entretanto la *Muerte* había desaparecido.

Eran las doce de la noche.

IX

Hasta mañana

—Buscad esos papeles, señor duque...—dijo Gil Gil—y hacedme la merced de hablar con Elena.

—¡Venid, señor doctor, venid! El rey se muere...—exclamó don Miguel de Guerra interrumpiendo al *Amigo de la Muerte*.

—Seguidme, señor duque...—dijo el joven con gran respeto—. Han dado las doce, y puedo comunicaros una noticia muy importante, no sé si buena o mala. Esto es: puedo deciros si Luis I morirá o no morirá durante el día que principia en este momento.

En efecto: ya había empezado el día 31 de Agosto, en que Luis I debía entrar su espíritu al Criador.

Gil Gil tuvo la certeza de ello al ver que la *Muerte* se hallaba de pie, en medio de la cámara, con los ojos fijos en el regio enfermo.

—Hoy muere el rey...—dijo Gil Gil al oído de Monteclaro—. Esta noticia es el regalo de boda que hago a Elena. Si conocéis el valor de tal regalo, guardadlo en secreto, y sirvaos de regla de conducta con Felipe V.

—Elena está prometida a otro...—replicó el duque.

El sobrino de la condesa de Rionuevo ha muerto esta tarde—interrumpió Gil Gil.

—¡Oh! ¿Qué es esto que nos pasa?—exclamó el duque—. ¿Quién eres tú a quien yo conocí niño, y que ahora me espantas con tu poder y tu ciencia?

—La reina os llama...—dijo en este momento una dama al duque de Monteclaro, el cual permanecía absorto.

Aquella dama era Elena.

El duque se acercó a la reina, dejando solos en medio de la cámara a los dos amantes.

No solos, pues a tres pasos de ellos estaba la *Muerte*.

Elena y Gil Gil quedaron de pie mirándose, sin acertar a decirse una palabra, como asustados de verse, como si temieran que su mutua presencia fuese un sueño del que despertarían al tenderse la mano o al lanzar el más leve suspiro.

Miráronse, pues, mucho tiempo con fanática idolatría.

Así hubieran permanecido no sabemos cuanto tiempo, creemos que toda la eternidad, si la *Muerte* no hubiera llamado la atención a Gil Gil.

—¿Qué me quieres?—murmuró el joven.

—¿Qué he de querer?—respondió la *Muerte*—, ¡Que no la mires más!

—¡Ah! ¡Tú la amas!—exclamó Gil con indecible angustia.

—Sí...—contestó la *Muerte* con dulzura.

—¡Piensas arrebatármela!

—¡No! Pienso unirte a ella.

—Un día me dijiste que no la estrecharían otros brazos que los tuyos o los míos...—murmuró Gil Gil con desesperación—. ¿De quién va a ser antes? ¿Mía o tuya? ¡Dímelo!

—¡Tienes celos de mí!

—¡Horrorosos!

—Haces mal...—replicó la *Muerte*.

—¿De quién va a ser antes?—repitió el joven cogiendo las heladas manos de su amiga.

—No te puedo responder. Dios, tu y yo nos la disputamos... Pero no somos incompatibles.

—¡Dime que no piensas matarla!... ¡Dime que me unirás a ella en este mundo!...

—*En este mundo!*—repitió la *Muerte* con ironía—. Seré *en este mundo*... Yo te lo prometo.

—¿Y después.

—Después... será de Dios.

—¿Y tuya? ¿Cuándo?

—Mía... ¡lo ha sido ya!

—Me vuelves loco. ¿Elena vive?

—¡Lo mismo que tú!—replicó la *Muerte*.

—Pero... ¿vivo yo?

—Más que nunca.

—¡Habla por piedad!

—Nada tengo que decirte... Todavía no podrías comprenderme. ¿Qué es el morir? ¿Lo sabes tú acaso? ¿Qué es la vida? ¿Te la has explicado alguna vez? Pues si ignoras el valor de esas palabras, ¿a qué me preguntas si estás muerto o vivo? Y se volvió lentamente y salió de la cámara real.

Gil se acercó al lecho del rey.

El duque de Monteclaro colocóse al lado de nuestro amigo, y le dijo a media voz:

—Hasta mañana... Si muere el rey, mañana se verificará vuestro enlace con mi hija. La reina acaba de participarme la muerte del vizconde de Rionuevo... Yo le he anunciado vuestras bodas con Elena, y las aplaude de todo corazón. Mañana será el primer personaje en la corte si efectivamente baja hoy al sepulcro Luis I.

—¡Pues no lo dudéis, señor duqué!—respondió Gil Gil con acento sepulcral.

—Entonces, ¡hasta mañana!—repitió solemnemente Monteclaro.

X

Gil vuelve a ser dichoso, y acaba la primera parte de este cuento.

A la tarde siguiente, a las seis, Gil Gil y Elena de Monteclaro contraieron ma

trimonio en una hermosa quinta situada al pie del Guadarrama y perteneciente al nuevo conde y duque.

A las seis y media regresó a Madrid la comitiva, y quedaron solos nuestros desposados en un frondosísimo jardín.

El antiguo Gil Gil no había vuelto a ver a la *Muerte*.

Y aquí pudiera terminar la presente historia, y, sin embargo, aquí es donde verdaderamente principiará a ser interesante y clara

XI

Eclipse de luna

Después de tantos años de soledad y pena, después de tantas horas de fúnebres visiones, ¡él, EL AMIGO DE LA MUERTE, contemplábase engolfado en un océano de vida, en un mundo de luz, de esperanza, de felicidad!

¿Qué había de decir, qué había de pensar el desventurado, si todavía no acertaba a creer que existía, que aquella mujer era Elena, que él era su esposo, que ambos habían escapado a las garras de la *Muerte*?

—¡Habla, Elena mía!... ¡dímelo todo!—exclamó al cabo Gil Gil, cuando ya se hubo puesto el sol y los pájaros interrumpieron el silencio.—¡Habla, bien mía!...

Entonces le contó Elena todo lo que había pensado y sentido durante aquellos tres últimos años; su pena cuando dejó de ver a Gil Gil; su desesperación al marchar a Francia; cómo lo divisó, al partir, a la puerta de su palacio; cómo el duque de Monteclearo se había opuesto a este amor, de que le enteró la condesa de Rionuevo; cómo gozó al encontrarlo en el atrio de San Millán hacia tres días; cuánto sufrió al verlo caer herido por la terrible frase de la condesa... ¡Todo... todo se lo contó... porque todo había aumentado su cariño, lejos de entibiario!

Caía la noche... y, a medida que se espesaban sus tinieblas, calmábase la secreta angustia que turbaba la dicha de Gil Gil.

—¡Oh!—pensaba el joven atrayendo a Elena sobre su corazón—. La *Muerte* ha perdido mi rastro, y no sabe dónde me encuentro... ¡No vendrá aquí, no!... ¡Nuestro amor inmortal la ahuyentaría! ¿Qué había de hacer la *Muerte* a nuestro lado? ¡Ven, ven, noche nebulosa, y envuélvenos en tu negro velo! ¡Ven, aunque hayas de durar siempre!... ¡Ven, aunque el día de mañana no amanezca nunca!

—Tiemblas... Gil!...—balbuceó Elena—. ¡Lloras!...

—¡Esposa mía!—murmuró el joven—; ¡mi bien!... ¡mi cielo!; ¡lloro de felicidad!

Dijo, y, cogiendo en sus manos la hechicera cabeza de la desposada, fijó en sus ojos una mirada intensa, delirante, loca.

Un hondo y abrasador suspiro, un grito de embriagadora pasión, se confundió entre los labios de Gil y de Elena.

—¡Amor mío!—tartamudearon los dos en el delirio de aquel primer beso, a cuyo regalado son se estremecieron los espíritus invisibles de la soledad.

En esto salió súbitamente la luna, plena, magnífica, esplendorosa...

Su fantástica luz, no esperada, asustó a los dos esposos, que volvieron la cabeza a un mismo tiempo hacia el Oriente, alejándose el uno del otro no sabemos por qué misterioso instinto, pero sin desmenuzarse sus manos trémulas y crispadas, frías en aquel instante como el alabastro de un sepulcro.

—¡Es la luna!—murmuraron los dos con enronquecido acento.

Tornaron a mirarse extáticamente y Gil extendió los brazos hacia Elena con un afán indefinible, con tanto amor como desesperación.

Pero Elena estaba pálida como una muerta.

Gil se estremeció.

—Elena... ¿qué tienes?—dijo.

—¡Oh! Gil!...—respondió la niña—. ¡Estás muy pálido!

En este momento se eclipsó la luna, como si una nube se nubiese interpuesto entre ella y los dos jóvenes...

Pero ¡ay! ¡no era una nube!...

Era una larga sombra negra que, vista por Gil Gil desde el césped en que se reclinaba, tocaba en los cielos y en la tierra, enlutando casi todo el horizonte.

Era una colosal figura que acaso agrandaba su imaginación...

Era un terrible ser envuelto en larguísima capa oscura, el cual se hallaba de pie, a su lado, inmóvil, silencioso, cubriéndolos con su sombra...

¡Gil Gil advinó *quien era!*

Elena no veía al lúgubre personaje... Elena seguía viendo a la luna.

XII

¡Al fin... médico!

Gil Gil estaba entre su amor y la *Muerte*, o sea entre la muerte y la vida.

Si, porque aquella lúgubre sombra que se había interpuesto entre él y la luna nublando en el semblante de Elena los resplandores de la pasión, era la divinidad de las tinieblas, la fiel compañía de nuestro héroe desde la triste noche en que el entonces infortunado pensó suicidarse.

—¡Hola, amigo!—le dijo como aquella noche.

—¡Ah, calla!...—murmuró Gil Gil, tapándose el rostro con las manos.

—¿Qué tienes, amor mío?—preguntó Elena reparando en la angustia de su esposo.

—¡Elena!... ¡Elena!... ¡no te apartes de mí!—exclamó el joven desesperadamente, rodeando con el brazo izquierdo el cuello de la desposada.

—Tengo que hablarte!...—añadió la *Muerte* cogiendo la mano derecha de Gil Gil y atrayéndolo con dulzura.

—¡Ah! ¡ven!... ¡entremos!...—decía la joven tirando de él hacia la quinta.

—¡No! ¡ven! ¡salgamos!...—murmuraba la *Muerte* señalándole la puerta del jardín.

Elena no veía a la *Muerte* ni la oía.

Este triste privilegio era sólo del duque de la *Verdad*.

—Gil... ¡te estoy esperandol...—añadió el siniestro personaje.

El desgraciado se estremeció hasta la médula de los huesos. Copiosas lágrimas cayeron de sus ojos, que Elena enjugó con su mano. Desprendiose luego de los brazos de esta, y corrió desalentado por el jardín, gritando entre desgarradores sollozos:

—¡Morir, morir ahora!

Elena quiso seguirle, pero, a causa sin duda del terror que le causó el estado de su esposo al dar el primer paso cayó sobre la hierba sin sentido.

—¡Morir, morir!—seguía exclamando el joven con desesperación.

—No temas...—replicó la *Muerte*, acercándosele con afabilidad—. Por lo demás, es inútil que huyas de mí; la casualidad ha hecho que nos encontremos, y no pienso abandonarte así como quiera.

—Pero, ¿a qué has venido aquí?—exclamó el joven con acento de furor, enjugándose las lágrimas, como quien renuncia a la súplica, y quizás a la prudencia, y encarándose con la *Muerte* nó sin cierto aire de desafío.—¿A qué has venido aquí? ¡Responde!

Y giró en torno la irritada vista, como buscando un arma.

Cerca de él había un azadón perteneciente al jardinero; cogiolo con mano convulsiva, lo levantó en el aire como si fuera débil caña (que la desesperación había duplicado su fuerza), y repitió por tercera vez y con más ira que nunca;

—¿A qué has venido aquí?

La *Muerte* lanzó una carcajada que debiéramos llamar *filosófica*.

El eco de aquella risa se prolongó por mucho rato, repercutiendo en las cuatro tapas del jardín y remedando con su estridente son el chasquido de los huesos de muerto cuando dan unos contra otros.

—¡Quieres matarme!—exclamó por fin el sér enlutado—. ¿Conque la Vida se atreve con la *Muerte*? Esto es curioso... ¡Luchemos!

Dijo, y, echando atrás su larga capa negra, mostró un brazo armado de otra especie de azadón (que más parecía una hoz o guadaña) y se puso en guardia enfrente de Gil Gil.

Tomó la luna el color amarillento de la cera que alumbra los templos el Viernes Santo; alzóse un viento tan frío, que hizo gemir de dolor a los árboles cargados de frutos; sintióse el lejano ladrido de muchos perros, o más bien largos au-

lidos de funeral augurio, y hasta pareció oírse allá, muy alto, en la región de las nubes, el destemplado son de innumerables campanas que tocaban a muerto...

Gil Gil percibió todas estas cosas, y cayó de hinojos delante de su antagonista.

—¡Piedad! ¡Perdón!—le dijo con indescriptible angustia.

—Estás perdonado...—respondió la *Muerte*, ocultando su *guadaña*.

Y como si todo aquel fúnebre aparato de la Naturaleza hubiera provenido del furor de la negra divinidad, no bien lució una sonrisa en los labios de ésta, calmóse el frío de la atmósfera, callaron las campanas, dejaron de aullar los perros y brilló la luna tan dulcemente como al principio de la noche.

—¡Has pretendido luchar conmigo!—exclamó la *Muerte* con buen humor—. ¡*Al fin médico!* Levántate, infeliz; levántate y dame la mano. Te he dicho ya que no temas nada *por esta noche*.

—Pero ¿a qué has venido aquí?—repitió el joven con creciente zozobra?—. ¿A qué has venido aquí? ¿Cómo te hallo en mi casa? ¿Tú sólo entras donde tienes que matar a alguien?... ¿A quién buscas?

—Todo te lo diré... Sentémonos un momento...—respondió la *Muerte*, acariciando las heladas manos de Gil Gil.

—Pero Elena...—murmuró el joven.

—Déjala: en este momento está *dormida*, yo velo por ella. Conque vamos a cuentas. Gil Gil... ¡eres un ingrato! ¡Eres como *todos!* ¡Una vez en la cumbre, das un puntapié a la escalera por donde has subido! ¡Oh! ¡Tu conducta conmigo no tiene perdón de Dios! ¡Cuánto me has hecho padecer en estos últimos días! ¡cuánto! ¡cuánto!

—¡Ay!... ¡yo la adoro!—balbuceó Gil Gil.

—Tú la adoras! ¡Eso es!... La habías perdido para siempre; eras un miserable zapatero, y ella se iba a casar con un magnate; me interpongo entre vosotros, y te hago rico, noble, afamado; te libro de tu rival; te reconcilio con tu enemiga y me la llevo al otro mundo; te doy, en fin, la mano de Elena, y ¡he aquí que en este momento me vuelves la espalda, te olvidas de mí, y te pones una venda en los ojos para no verme!... ¡Insensato! ¡Tan insensato como los demás hombres! ¡Ellos, que deberían estar viéndome siempre con la imaginación, se ponen la venda de las vanidades del mundo y viven sin dedicarme un recuerdo hasta que llego a buscarlos! ¡Mi suerte es bien desgraciada! ¡No guardo memoria de haberme acercado a un *mortal* sin que se haya asustado y sorprendido como si no me esperase nunca! ¡Hasta los viejos de cien años creen que pueden pasar sin mí! Tú por tu parte, que tienes el privilegio de verme con los sentidos físicos, y que no podrías olvidarte de mí así como quiera, te pusiste el otro día ante los ojos un olvido material, una venda de trapo, y hoy te encierras en un jardín solitario y te crees libre de mí para siempre! ¡Imbecil! ¡Ingrato! ¡Mal amigo! ¡HOMBRE... y esto lo dice todo!

—Y bien...—tartamudeó Gil Gil, a quien la confusión y la vergüenza no habían hecho desistir de su recelosa curiosidad—, ¿a qué vienes a mi casa?

—Vengo a continuar la misión que el Eterno me ha encomendado cerca de tí.

—Pero ¿no vienes a *matarnos*?

—De ninguna manera.

—¡Ah!... entonces...

—Sin embargo, ya que logro verte, o, por mejor decir, que *tú me veas*, necesito tomar ciertas precauciones a fin de que no vuelvas a olvidarme.

—¿Y qué precauciones son esas?—preguntó Gil temblando más que nunca.

—Necesito también hacerte ciertas revelaciones importantísimas...

—¡Ah! ¡Vuelve mañana!

—¡Oh!... No. ¡Imposible! Nuestro encuentro de esta noche es providencial.

—¡Amigo mío!—exclamó el pobre joven.

—¡Y tan amigo!—respondió la *Muerte*—. Porque lo soy necesito que me sigas.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—¡A tu casa! ¿Conque vienes a matarme? ¡Ah, cruel! ¡Y esa es tu amistad! ¡Espantoso sarcasmo! ¡Me haces conocer la ventura, y me la arrebatas en seguida!... ¿Por qué no me dejaste morir aquella noche?

—¡Calla, desgraciado!—replicó la *Muerte* con solemne tristeza—. ¡Dices que conoces la felicidad!... ¡Cómo te engañas! ¡A eso propendo yo! ¡A que la conozcas!

—¡Mi felicidad es Elena! ¡Renuncio a todo lo demás!

—Mañana verás más claro.

—¡Mátame, pues!—gritó Gil con desesperación.

—Sería inútil.

—¡Mátala a ella entonces! ¡Mátanos a los dos!

—¡Cómo deliras!

—¡Ir a su casa, Dios mío! Pero ¡déjame siquiera despedirme de mi adorada!... ¡Déjame decirle adiós!...

—Accedo a ello... ¡Despierta, Elena! ¡Ven! ¡Yo te lo mando! Mírala... Allí viene...

—Y bien; ¿qué le digo? ¿A qué hora podré volver esta noche?

—Dile... que al amanecer os veréis.

—¡Oh, no!... ¡Yo no quiero estar contigo tantas horas!... ¡Hoy te tengo más miedo que nunca!

—¡Cuidado conmigo!

—¡No te enojés!—exclamó el desconsolado esposo—. ¡No te enojés y dí la verdad!... ¿Nos veremos en efecto al amanecer Elena y yo?

La *Muerte* levantó solemnemente la mano derecha y miró al cielo, mientras que su triste voz respondía:

—Te lo juro.

—¡Oh! Gil... ¿Qué es esto?—exclamó Elena, avanzando por entre los árboles, pálida, gentil y resplandeciente como una personificación mitológica de la luna.

Gil, pálido también como un desenterrado, descompuesto el cabello, torva la mirada, anheloso el corazón, besó en la frente a Elena y dijo con acento sepulcral:

—Hasta mañana. ¡Espérame, vida mía!

—¡Su vida!—murmuró la *Muerte* con honda compasión.

Elena levantó al cielo los ojos, bañados en dulces lágrimas; cruzó las manos poseída de misteriosa angustia, y repitió con voz que no era de este mundo:

—Hasta mañana.

Y Gil y la *Muerte* se marcharon, y ella se quedó allí entre los árboles, de pie, con las manos cruzadas y los brazos caídos, inmóvil, magnífica, intensamente aluminada por la luna.

Parecía una noble estatua sin pedestal, olvidada en medio del jardín.

XIII

El tiempo al revés

—Mucho tenemos que andar...—dijo la *Muerte* a nuestro amigo Gil luego que salieron de la quinta—. Voy a pedir mi carro.

E hirió con el pie el suelo.

Un sordo ruido, como el que precede al terremoto, resonó debajo de tierra. Alzóse luego alrededor de los dos amigos un vapor ceniciento, entre cuya niebla apareció una especie de carro de marfil por el estilo de los que vemos en los bajorrelieves de la antigüedad pagana.

A poco que reparase cualquiera (no lo ocultaremos al lector), habría echado de ver que aquel carro no era de marfil, sino pura y simplemente de huesos humanos, pulidos y enlazados con exquisito primor, pero que no habían perdido su forma natural.

Dió la *Muerte* la mano a Gil y montaron en el carro, el cual se alzó por el aire como los globos que conocemos hoy, con la única diferencia de que lo dirigía la voluntad de los que iban dentro.

—Aunque tenemos mucho que andar—continuó la *Muerte*—, ya nos sobra tiempo, pues este carro volará tanto como a mí se me antoje..., ¡tanto como la imaginación! Quiere decir que iremos alternativamente de prisa y despacio, procurando * ir una vuelta a toda la Tierra en las tres horas de que podemos disponer. Ahora

son las nueve de la noche en Madrid... Caminaremos hacia el Nordeste, y así evitaremos el encontrarnos desde luego con la luz del sol...

Gil permaneció silencioso.

—¡Magnífico! ¡Te empeñas en callar!—prosiguió la *Muerte*—. Pues hablaré yo solo. ¡Verás qué pronto te distraen y te hacen romper el silencio los espectáculos que vas a contemplar! ¡En marcha!

El carro, que oscilaba en el aire sin dirección desde que nuestros viajeros subieron a él, púsose en movimiento casi rozando con la Tierra, pero con una velocidad indescriptible.

Gil vio a sus plantas montes, árboles, ríos, despeñaderos, llanuras...; todo en revuelta confusión.

De vez en cuando, alguna hoguera le revelaba el albergue de sencillos pastores; pero más frecuentemente el carro pasaba algo despacio por encima de grandes masas pétreas, hacinadas en formas rectangulares, por entre las que cruzaba alguna sombra precedida de una luz..., y al mismo tiempo se oían tañidos de campanas que doblaban a muerto o daban la hora, lo cual es casi lo mismo, y el canto del sereno que la repetía... Reíase entonces la *Muerte*, y el carro volaba otra vez sumamente de prisa.

A medida que avanzaban hacia Oriente, la oscuridad era más densa, el reposo de las ciudades más profundo, mayor el silencio de la Naturaleza.

La luna huía hacia el ocaso como una paloma asustada, mientras que las estrellas cambiaban de lugar en el cielo como un ejército en dispersión.

—¿Dónde estamos?—preguntó Gil Gil.

—En Francia...—respondió la *Muerte*—. Hemos atravesado ya mucha parte de las dos belicosas naciones que tan encarnizadamente han luchado al principio de este siglo. Hemos visto todo el teatro de la guerra de Sucesión... Vencidos y vencedores duermen en este instante... Mi aprendiz el sueño, reina sobre los héroes que no murieron entonces en las batallas, ni después de enfermedad o de viejo... ¡Yo no sé como abajo no sois amigos todos los hombres! La identidad de vuestras desgracias y debilidades, la necesidad que tenéis los unos de los otros, la brevedad de vuestra vida, el espectáculo de la grandeza infinita de los orbes y la comparación de estos con vuestra pequeñez, todo debía uniros fraternalmente, como se unen los pasajeros de un buque amenazado de naufragar. En él no hay amores ni odios, ni ambiciones; nadie es acreedor ni deudor; nadie grande ni pequeño: nadie feo ni hermoso; nadie feliz ni desgrabiado. Un mismo peligro los rodea... y mi presencia los iguala a todos. Pues bien: ¿qué es la Tierra, vista desde esta altura, sino un buque que se va a pique, una ciudad presa de la peste o del incendio?

—¿Que luces fátuas son esas que desde que se ocultó la luna veo brillar en algunos puntos del Globo terrestre!—preguntó el joven.

—Son cementerios... Estamos encima de París. Al lado de cada ciudad, de cada villa, de cada aldea viva, hay siempre una ciudad, una villa o una aldea muerta, como la sombra está siempre al lado del cuerpo. La geografía es doble por consiguiente, aunque vosotros jamás habléis sino de la mitad que os parece más agradable. Con hacer un mapa de todos los cementerios que hay sobre la Tierra, os bastaría para explicar la geografía política de vuestro mundo. Sin embargo, os equivocaría en la cuantía o número de la población: las ciudades muertas están mucho más habitadas que las vivas: en estas hay apenas tres generaciones, y en aquellas se hallan hacinadas a veces por centenares. En cuanto a estas luces que ves brillar, son fosforescencias de los cadáveres, o, por mejor decir, son los últimos fulgores de mil existencias desvanecidas; son crepúsculos de amor, de ambición, de ira, de genio, de caridad; son, en fin, las últimas llamaradas de la luz que se extingue, de la individualidad que desaparece, del ser que devuelve sus substancias a la madre tierra... Son, y ahora es cuando acierto con la verdadera frase, lo que la espuma que forma el río al fenecer en el Océano.

La *Muerte* hizo una pausa.

Gil Gil sintió al mismo tiempo un estruendo espantoso bajo sus pies, como el trote de mil carros sobre largo puente de madera. Miró hacia la tierra, y no la encontró, sino que vio en su lugar una especie de cielo movable en que se abismaban...

—¿Qué es eso?—preguntó asombrado.

—Es el mar...—dijo la *Muerte*—. Acabamos de cruzar la Alemania y entramos en el mar del Norte.

—¡Ah!... ¡No!...—murmuró Gil Gil poseído de un terror instintivo—. Llévame hacia otro lado... ¡Quisiera ver el sol!

—Te llevaré a ver el sol aunque retrocedamos para ello. Así verás el curiosísimo espectáculo del *tiempo al revés*.

Giró el carro en el espacio y empezaron a correr hacia el Sudoeste.

Un momento después volvió a escuchar Gil Gil el ruido de las olas.

—Estamos en el Mediterráneo...—dijo la *Muerte*—. Ahora cruzamos el Estrecho de Gibraltar... ¡He aquí el Océano Atlántico!

—¡El Atlántico!—murmuró Gil con respeto.

Y ya no vió sino cielo y agua, o, por mejor decir, cielo solamante.

El carro parecía vagar en el vacío, fuera de la atmósfera terrestre.

Las estrellas brillaban en todas partes: bajo sus pies, sobre su cabeza, en derredor suyo... dondequiera que fijaba la vista.

Así transcurrió otro minuto.

Al cabo de él percibió a lo lejos una línea purpúrea que separaba aquellos dos cielos, inmóvil el uno y flotante el otro.

Esa línea purpúrea convirtiéndose en roja, y luego en anaranjada; después se dilató y brillante como el oro, iluminando la inmensidad de los mares.

Las estrellas desaparecieron poco a poco.

Dijérase que iba a amanecer.

Pero entonces volvió a salir la luna,

—Sin embargo, apenas brilló un momento, cuando la luz del horizonte eclipsó su claridad.

—Está amaneciendo...—dijo Gil Gil.

Al contrario...—respondió la *Muerte*—. Está anocheciendo; solo que, como caminamos detrás del sol y mucho más de prisa que él, el ocaso va a servirnos de aurora, y la aurora de poniente... Aquí tienes las lindas Azores.

En efecto: un gracioso grupo de islas apareció en medio del Océano.

La luz melancólica de la tarde, quebrándose entre nubes y filtrándose por la tiniebla de los ríos, daba al archipiélago un aspecto encantador.

Gil y la *Muerte* pasaron sobre aquellos oasis de los desiertos marinos sin detenerse un momento.

A los diez minutos salió el sol del seno de las olas, y levantóse un poco en el horizonte.

Pero la *Muerte* paró el carro y el sol volvió a ponerse.

Echaron a andar de nuevo y el sol tornó a salir.

Eran dos crepúsculos en uno.

Todo esto asombró mucho a nuestro héroe.

Anduvieron más y más, engolfándose en el día y en el Océano.

El reloj de Gil señalaba, sin embargo, las nueve y cuarto... de la noche, si así podemos decirlo.

Pocos minutos después la América del Norte surgió en los mares.

Gil vió al paso los afanes de los hombres, que ya labraban los campos, ya se deslizaban en buques por las costas, ya bullían por las calles de las ciudades.

En no sé qué parte distinguió una gran polvareda... Se daba una batalla.

En otro lado le hizo reparar la *Muerte* en una gran solemnidad religiosa... con sagrada a un árbol, ídolo de aquel pueblo...

Más allá le designó a dos jóvenes salvajes, solos en un bosque, que se miraban con amor... Luego desapareció la tierra otra vez y penetraron en el mar Pacífico.

En la isla de los pájaros era mediodía.

Mil otras islas aparecieron a sus ojos por todos lados.

En cada una de ellas había costumbres, religión, ocupaciones diferentes. ¡Y qué variedad de trajes y de ceremonias!

Así llegaron a la China, donde estaba amaneciendo,

Este amanecer fué un anochecer para nuestros viajeros.

Otras estrellas distintas de las que habían visto con anterioridad decoraron la bóveda celeste.

La luna volvió a brillar hacia Levante, y se ocultó en seguida.

Ellos continuaban volando con más rapidez que gira la Tierra sobre su eje.

Cruzaron, en fin, el Asia, donde era de noche; dejáronse a la izquierda las cordilleras del Himalaya, cuyas eternas nieves brillaban a la luz de los luceros; pasaron por las orillas del mar Caspio; viraron un poco hacia la izquierda, e hicieron alto en una colina al lado de cierta ciudad, donde era media noche en aquel momento.

—¿Qué ciudad es esa?—preguntó Gil Gil.

—Entamos en Jerusalén—dijo la Muerte.

—¿Ya?

—Sí... Poco nos falta para haber dado la vuelta a la Tierra. Me detengo aquí porque oigo las doce de la noche, y yo no dejo de arrodillarme nunca a esta hora.

—¿Por qué?

—Para adorar al Criador del Universo.

Y así diciendo, descendió del carro.

—Yo también quiero contemplar la ciudad de Dios y meditar sobre sus ruinas—repuso Gil arrodillándose al lado de la Muerte y cruzando las manos con fervorosa piedad.

Cuando ambos hubieron terminado aquella oración, la Muerte recobró su locuacidad y su alegría, y, entrando otra vez en el carro, precedida de Gil Gil, dijo de esta manera:

—Aquella aldea que ves sobre un monte, es *Getsemani*. En ella estuvo el Huerto de las Olivas. A este otro lado distinguirás una eminencia coronada por un templo que se destaca sobre un campo de estrellas... ¡Es el Gólgota! ¡Ahí pasé el gran día de mi vida!... ¡Cree haber vencido al mismo Dios... y vencido lo tuve durante muchas horas... Pero ¡ay!, que también fué en este monte donde, tres días después, me vi desarmada y anulada al amanecer de un domingo... ¡Jesús había resucitado! También presenciaron estos sitios, en la misma ocasión, mis grandes combates personales con la Naturaleza... Aquí fué mi duelo con ella; aquel terrible duelo... (a las tres de la tarde; me acuerdo perfectamente) en que, no bien me vi blandir la lanza de Longinos contra el pecho del Redentor, empezó a tirarme piedras, a desarreglarme los cementerios, a resucitarme los muertos... ¡Qué sé yo! ¡Cree que la pobre Natura había perdido el juicio!

La Muerte reflexionó un momento; y, alzando luego la cabeza, con más seriedad en el semblante, añadió:

—¡Es la hora!... Ha pasado la media noche. Vamos a mi casa, y despachemos lo que tenemos que hablar.

—¿Dónde vives?—preguntó tímidamente Gil Gil.

—En el Polo Boreal—respondió la Muerte.

—¡Allí donde nunca ha pisado ni pisará pie humano!... ¡Entre nieves y hielos tan viejos como el mundo!

Dicho esto, la Muerte puso el rumbo hacia el Norte, y el carro voló con más celeridad que nunca.

El Asia Menor, el mar Negro, la Rusia y el Spitzberg desaparecieron bajo sus ruedas como fantásticas visiones.

Iluminóse luego el horizonte de vistosisimas llamas, reflejadas por un paisaje de cristal de roca.

Todo era silencio y blancura sobre la Tierra.

El resto del cielo estaba cárdeno, salpicado de casi imperceptibles astros.

¡La *Aurora boreal* y el hielo!... He aquí toda la vida de aquella pavorosa región.

—Estamos en el Polo...—dijo la Muerte—. Hemos llegado.

XIV

La Muerte recobra su serenidad

Si Gil Gil no hubiera visto ya tantas cosas extraordinarias durante su viaje aéreo; si el recuerdo de Elena no ocupase completamente su imaginación; si el deseo de saber adónde le llevaba la Muerte no conturbase su contristado espíritu,

ocasión muy envidiable era la en que se veía para estudiar y resolver el mayor de los problemas geográficos: la forma y la disposición de los polos de la Tierra.

Los límites misteriosos de los Continentes y del mar polar, confundidos por eternos hielos; la prominencia o el abismo que, según opuestas opiniones, ha de señalar el paso del eje racional sobre que gira nuestro globo; el aspecto de la bóveda estrellada, en la cual distinguiría entonces a un mismo tiempo todos los astros que esmaltan los cielos de la América del Norte, de la Europa entera, del Asia, desde Troya hasta el Japón, y de la parte septentrional de los dos Océanos; el ardiente foco de la aurora boreal, y, en fin, tantos otros fenómenos como persigue la ciencia inútilmente hace muchos siglos a costa de mil ilustres navegantes que han perecido en aquellas pavorosas regiones, hubieran sido para nuestro héroe cosas tan claras y manifiestas como la luz del día, y nosotros podríamos hoy comunicarlás a nuestros lectores...

Pero pues Gil no estaba para semejantes observaciones, ni nosotros podemos hacernos cargo de cosa alguna que no tenga relación con nuestro cuento, quédese el género humano en su ignorancia respecto al Polo, y continuemos esta relación.

Por lo demás, con recordar nuestros lectores que a la sazón eran los primeros días de un mes de Septiembre, comprenderán que el sol brillaba todavía en aquel cielo, donde no había sido de noche ni un solo instante durante más de cinco meses.

A su pálida y oblicua luz descendieron del carro nuestros dos viajeros; y, cogiendo la *Muerte* la mano de Gil Gil, le dijo con afable cortesía:

—Estás en tu casa: entremos.

Un colosal témpano de hielo se elevaba ante sus ojos.

En medio de aquel témpano, especie de muro de cristal clavado en una nieve tan antigua como el mundo, había cierta prolongada grieta que apenas permitía pasar a un hombre.

—Te enseñaré el camino...—dijo la *Muerte* pasando delante.

El *Duque de la Verdad* se paró, no atreviéndose a seguir a su compañero.

Pero ¿qué hacer? ¿Adónde huir por aquel páramo infinito? ¿Qué camino toma en aquellas blancas e interminables llanuras del hielo?

—¡Gil! ¿no entras?—exclamó la *Muerte*.

Gil dirigió al pálido sol una última y suprema mirada y penetró en el hielo.

Una escalera de caracol, tallada en la misma congelada materia, condujole por retorcida espiral hasta un vasto salón cuadrado, sin muebles ni adorno alguno, todo de hielo también, que recordaba las grandes minas de sal de Polonia o las estancias de mármol de los baños de Ispahán y de Medina.

La *Muerte* se había acurrucado en un rincón, sentándose sobre las piernas como los orientales.

—Ven acá, siéntate a mi lado y hablaremos—le dijo a Gil.

El joven obedeció maquinalmente.

Reinó un silencio tan profundo, que se hubiera oído la respiración de un insecto microscópico si en aquella región pudiese existir sér alguno que no contase con la protección de la *Muerte*.

Del frío que hacía, cuanto dijéramos sería poco.

Imaginaos una total ausencia del calor; una negación completa de vida; la cesación absoluta de todo movimiento; la muerte como forma del sér, y aun no habréis formado idea exacta de aquel mundo cadáver...; o más que cadáver, puesto que no se corrompía ni se transfiguraba, y no daba, por consiguiente, pasto a los gusanos, ni abono a las plantas, ni elementos a los minerales, ni gases a la atmósfera.

Era el caos sin el embrión del universo; era la nada bajo la apariencia de hielos seculares.

Sin embargo, Gil Gil soportaba aquel frío gracias a la protección de la *Muerte*.

—Gil Gil...—exclamó ésta con reposado y majestuoso acento—, ha llegado la hora de que brille ante tus ojos la verdad en toda su magnífica desnudez: voy a resumir en pocas palabras la historia de nuestras relaciones, y a revelarte el misterio de tu destino.

—Habla...—respondió Gil Gil denodadamente.

—Es indudable, amigo mío—continuó la *Muerte*—, que quieres vivir; que todos

mis esfuerzos, que todas mis reflexiones, que las revelaciones que te hago a cada momento, son ineficaces para apagar en tu corazón el amor a la vida...

—¡El amor a Elena querrás decir!—interrumpió el joven.

—El amor al amor...—replicó la *Muerte*—. El amor es la vida, la vida es el amor... no desconozcas esto... Y si no, piensa en una cosa que habrás comprendido perfectamente en tu gloriosa carrera de médico y durante el viaje que acabamos de hacer. ¿Qué es el hombre? ¿Qué significa su existencia? Tú lo has visto dormir de sol a sol y soñar durmiendo. En los intervalos de este sueño tenía delante de sí doce o catorce horas diarias de vigilia, que no sabía en qué emplear. En una parte, lo has hallado con las armas en la mano matando semejantes suyos; en otra lo has visto cruzar los mares a fin de cambiar de alimentos. Quiénes se afanaban por vestirse de este o de aquel color; quiénes agujereaban la tierra y extraían metales con que adornarse. Aquí ajusticiaban a uno; allí obedecían ciegamente a otro. En un lado, la virtud y el derecho consistían en tal o cual cosa; en otro lado, consistían en lo adverso. Estos tenían por verdad lo que aquéllos juzgaban error. La misma belleza te habrá parecido convencional e imaginaria, a medida que hayas pasado por Circasia, por la China, por el Congo o por los esquimales. También te será patente que la ciencia es un experimento torpísimo de los efectos más inmediatos, o una conjetura desatinada de las causas más recónditas, y que la gloria es una palabra hueca añadida por la casualidad, nada más que por la casualidad, al nombre de este o de aquel cadáver. Habrás comprendido, en fin, que todo lo que hacen los hombres es un juego de niños para pasar el tiempo; que sus miserias y sus grandezas son relativas; que su civilización, su organización social, sus más serios intereses, carecen de sentido común; que las modas, las costumbres, las jerarquías, son humo, polvo, vanidad de vanidades... Mas ¿qué digo vanidad? ¡Menos aún! ¡Son los juguetes con que entreténis el ocio de la vida; los delirios de un calenturiento; las alucinaciones de un loco! Niños, ancianos, nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, hermosos, contrahechos, reyes, esclavos, ricos, mendigos... todos son iguales para mí; todos son puñados de polvo que deshace mi aliento! ¡Y aún clamarás por la vida! ¡Y aún me dirás que deseas permanecer en el mundo! ¡Y aún amarás esa transitoria apariencia!

—¡Amo a Elena!...—replicó Gil Gil.

—¡Ah! Sí...—continuó la *Muerte*—, la vida es el amor; la vida es el deseo... Pero el ideal de este amor y de ese deseo no debe ser tal o cual hermosura de barro... ¡ilusos, que tomáis siempre lo próximo por lo remoto! La vida es el amor; la vida es el sentimiento; pero lo grande, lo noble, lo revelador de la vida, es la lágrima de tristeza que corre por la faz del recién nacido y del moribundo, la queja melancólica del corazón humano que siente hambre de ser y pena de existir, la dulcísima aspiración a otra vida, o la patética memoria de otro mundo. El disgusto y el malestar, la duda y la zozobra de las grandes almas que no se satisfacen con las vanidades de la Tierra, no son sino un presentimiento de otra patria, de una más alta misión que la ciencia y el poder; de algo, en fin, más infinito que las grandezas temporales de los hombres y que los hechizos deleznales de las mujeres. Fijémonos ahora en tí y en tu historia, que no conoces; descendamos al misterio de tu anómala existencia; expliquemos las razones de nuestra amistad. Gil Gil, tú lo has dicho: de cuantas supuestas felicidades ofrece la vida, una sola deseas, y es la posesión de una mujer. ¡Grandes conquistas he hecho en tu espíritu, por consiguiente! Ni poder, ni riquezas, ni honores, ni gloria... nada sonríe a tu imaginación... Eres, pues, un filósofo consumado, un cristiano perfecto... y a este punto he querido encaminarte... Ahora bien, dime: si esa mujer hubiera muerto, ¿sentirías el morir?

Gil Gil se levantó dando un espantoso grito.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿Elena?...

—Cálmate...—continuó la *Muerte*—. Elena se halla tal como la dejaste... Hablamos en hipótesis. Así, pues, contéstame.

—¡Antes de matar a Elena, quítame la vida! He aquí mi contestación.

—¡Magnífico!—replicó la *Muerte*—. Y dime: si supieras tú que Elena estaba en el cielo esperándote, ¿no morirías tranquilo, contento, bendiciendo a Dios y encomendándole tu alma?

—¡Oh! Si; ¡la muerte sería entonces la resurrección!—exclamó Gil Gil.

—De modo...—prosiguió el tremendo personaje—que, con tal de ver a tu lado a Elena, nada te importa lo demás...

—¡Nada!

—Pues bien: ¡sábelo todo! Hoy no es en el mundo católico el día 2 de Septiembre de 1721, como acaso te imaginas... Hace muchísimos más años que tú y yo somos *amigos*...

—¡Cielos! ¿Qué me dices? ¿En qué año estoy?

—El siglo diez y ocho ha pasado, y el diez y nueve, y el veinte y algunos más. La Iglesia reza hoy por San Antonio, y es el año de 2316.

—¡Conque estoy muerto!

—Hace muy cerca de seiscientos años..

—¿Y Elena?

—Murió cuando tú. Tú moriste la noche en que nos conocimos...

—¿Cómo? ¿Me bebí el aceite vitriolo?

—Hasta la última gota. En cuanto a Elena, murió de sentimiento cuando supo tu desgraciado fin. Hace, pues, seis siglos que los dos os halláis en mi poder.

—¡Imposible! ¡Tú me vuelves loco!—exclamó Gil Gil.

—*Yo no vuelvo loco a nadie*...—replicó la *Muerte*—. Escucha, y sabrás todo lo que he hecho en tu favor. Elena y tú moristeis el día que te digo; Elena destinada a subir a la mansión de los ángeles el día del *Juicio final*, y tú, merecedor de todas las penas del infierno. Ella, por inocente y pura; tú, por haber vivido olvidado de Dios y alimentando viles ambiciones. Ahora bien: el *Juicio final* se celebrará mañana, no bien den las tres de la tarde en Roma.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Conque se acaba el mundo—exclamó Gil Gil.

—¡Ya era tiempo!—replicó el formidable ser—. Al fin voy a descansar...

—¡Se acaba el mundo!—tartamudeó Gil Gil con indecible espanto.

—¡Nada te importe! Tú no tienes ya nada que perder. Escucha. Viendo hoy que se acercaba el *Juicio final*, yo (que siempre te tuve predilección, como ya te dije la primera vez que hablamos), y Elena, que te amaba en el Cielo tanto como te había amado en la Tierra, suplicamos al Eterno que salvase tu alma. «Nada debo hacer por el suicida...—nos respondió el Criador—. os confío su espíritu por una hora; mejoradlo si podeis.» «¡Sálvalo!»—me dijo Elena por su parte—. Yo se lo prometí, y bajé a buscarte al sepulcro, donde dormías hace seis siglos. Sentéme allí, a la cabecera de tu féretro, y te hice soñar con la vida. Nuestro encuentro, tu visita a Felipe V, tus escenas en la corte de Luis I, tu casamiento con Elena, todo lo has soñado en la tumba. *En una sola hora has creído pasar tres días de vida: como en un solo instante habías pasado seiscientos años de muerte!*

—¡Oh!... No... ¡no ha sido un sueño!—exclamó Gil Gil.

—Comprendo tu extrañeza...—replicó la *Muerte*—. ¡Te parecía verdad!... ¡Eso te dirá lo que es la vida! Los sueños parecen realidades y las realidades sueños. Elena y yo hemos triunfado. La ciencia, la experiencia y la filosofía han purificado tu corazón, han ennoblecido tu espíritu, te han hecho ver las grandezas de la tierra en toda su repugnante vanidad, y he aquí que, huyendo de la muerte, como lo hacías ayer, no huías sinó del mundo; y que, clamando por un amor eterno, como lo haces hoy, clamas por la inmortalidad. ¡Estás redimido!

—Pero Elena...—murmuró Gil Gil.

—Se trata de Dios!... No pienses en Elena. Elena no existe ni ha existido realmente jamás. Elena era la belleza, reflejo de la inmortalidad. Hoy que el Astro de verdad y de justicia recoge sus resplandores, Elena se confunde con él para siempre. ¡A él, pues, debes encaminar tus votos!

—¡Ha sido un sueño!—exclamó el joven con indecible angustia.

—Y eso será el mundo dentro de algunas horas: un sueño del Criador.

Diciendo así la *Muerte*, levantóse, descubrió su cabeza y alzó los ojos al cielo.

—Amanece en Roma...—murmuró—. Empieza el *último día*. Adios, Gil... ¡Hasta nunca!

—¡Oh! ¡No me abandanes!—exclamó el desgraciado.

—*¡No me abandones*», dices a la *Muerte*! ¡Y ayer huías de mí!

—¡Oh!... ¡No me dejes aquí solo en esta región de desconsuelo!... ¡Esto es una tumba!...

—¿Qué?—repuso la negra divinidad con ironía—. ¿Tan mal te ha ido en *ella* seiscientos años?

—¿Cómo? ¿He vivido aquí?

—¡Vivido! Llámalo como quieras. Aquí has dormido todo ese tiempo.

—¿Conque este es mi sepulcro?

—Sí... amigo mío... y no bien desaparezca yo, te convencerás de ello. ¡Sólo entonces sentirás todo el frío que hace en esta mansión!

—¡Ah!... ¡Moriré instantáneamente!—exclamó Gil Gil—. Estoy en el *polo boreal*.

—No morirás, porque estás muerto; pero dormirás hasta las tres de la tarde. en que despertarás con todas las generaciones.

—¡Amiga mía!—gritó Gil Gil con indescrptible amargura—. ¡No me dejes o haz que siga soñando! Yo no quiero dormir. ¡Ese sueño me asusta!... ¡Este sepulcro me ahoga! ¡Vuélveme a aquella quinta del Guadarrama, donde imaginé ver a Elena y sorpréndame allí la ruina del universo! Yo creo en Dios y acato su justicia, y apelo a su misericordia... Pero ¡volvedme a Elena!

—¡Qué inmenso amor!—dijo la deidad—. ¡El ha triunfado de la vida, y va a triunfar de la muerte! ¡El menospreció la Tierra y menospreciaría el Cielo! Será como deseas. Gil Gil... Pero no olvides tu alma...

—¡Oh! ¡Gracias.... gracias, amiga mía!.... ¡Veo que vas a llevarme al lado de Elena!

—No: no voy a llevarte. Elena duerme en su sepulcro. Yo la haré venir aquí a que duerma a tu lado las últimas horas de su muerte.

—¡Estandemos un día enterrados juntos! ¡Es demasiado para mi gloria y mi ventura! ¡Ver yo a Elena: oigala decir que me ama; sepa que permanecerá a mi lado eternamente, en la Tierra o el Cielo, y nada me importa la noche del sepulcro!

—¡Ven, pues, Elena; yo lo mando!—dijo la *Muerte* con cavernoso acento, llamando en la Tierra con el pie.

Elena, tal como quedó, al parecer, en el jardín del Guadarrama, envuelta en sus blancas vestiduras, pero pálida como el alabastro, apareció en medio de la estancia de hielo en que ocurría esta maravillosa escena.

Gil Gil la recibió arrodillado, inundado de lágrimas el rostro, con las manos cruzadas, fija una mirada de profunda gratitud en el apacible semblante de la *Muerte*.

—Adiós, amigos míos...—exclamó ésta.

—¡Tu mano, Elena!—baluceó Gil Gil.

—¡Gil mío!—murmuró la joven, arrodiliéndose al lado de su esposo.

Y con las manos enlazadas y los ojos levantados al cielo, respondieron al *adiós* de la *Muerte* con otro melancólico *adiós*.

La negra divinidad se retiraba en tanto lentamente.

—¡Hasta nunca!—murmuraba la Amiga del hombre al alejarse.

—¡Mío para siempre!—exclamaba Elena, estrechando entre las suyas las manos de Gil Gil—. ¡Dios te ha perdonado, y viviremos juntos en el cielo!

—¡Para siempre!—repitió el joven con inefable alegría.

La *Muerte* desapareció en esto.

Un frío horrible invadió la estancia, e instantáneamente Gil Gil y Elena quedaron helados, petrificados, inmóviles en aquella religiosa actitud, de rodillas, cogidos de las manos, con los ojos alzados al cielo, como dos magníficas estatuas sepulcrales.

Conclusión

Pocas horas después estalló la Tierra como una granada.

Los astros más próximos a ella atrajeron y se asimilaron los fragmentos de la deshecha mole, no sin que la anexión les originase tremendos cataclismos, como diluvios, desviaciones de sus ejes polares, etc., etc.

La Luna, casi intacta, pasó a ser satélite, no sé si de Venus o de Mercurio.

Entretanto se había verificado el *juicio final* de la familia de Adán y Eva, no en el valle de Josafat, sino en el cometa llamado de Carlos V, y las almas de los

réprobos fueron desterradas a otros planetas, donde hubieron de emprender nueva vida... ¿Qué mayor castigo?

Los que se purifiquen en esta segunda existencia, alcánzarán la gloria de volver al seno de Dios el día que desaparezcan aquellos astros...

Los que no se purifiquen aún habrán de emigrar a otros cien mundos, donde peregrinarán del mismo modo que nosotros peregrinamos por el nuestro...

En cuanto a Gil y Elena, aquella tarde entraron en la *Tierra de Promisión*, cogidos de la mano, libres para siempre de duelo y penitencia, salvos y redimidos; reconciliados con Dios, partícipes de su bienaventuranza y herederos de su gloria, ni más ni menos que el resto de los justos y de los purificados...

Por lo demás, yo puedo terminar mi cuento del propio modo que terminan las viejas todos los suyos, diciendo que *fui, vine y no me dieron nada*.



VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



FRINE

REVISTA FEMENINA

EL PRÓXIMO JUEVES

EL TERCER NÚMERO

15 cénts.

LA MUJER EN EL HOGAR

SUMARIO

Relaciones familiares.—El modo de conducirse con la familia y en la intimidad.—Bondad, encanto, distinción.

I: Papel de la mujer en la sociedad y en la familia.—Conocimientos que le son necesarios.—Importancia de la educación doméstica.—II: La mujer en las diversas edades.—Encantos de cada una de ellas.—La jovencita.—La anciana.—La soltera.—La casada.—Deberes comunes a todas.—Deberes de familia: de sociedad.—Arte de hacerse amar de la familia; de los extraños.—El cultivo de la amistad.—III: La gracia y la coquetería en el trato familiar.—El encanto de la voz.—La conversación.—El talento.—La distinción.—IV: Condiciones morales que necesita una mujer para ser amada en la familia.—La bondad.—La sencillez.—La espiritualidad.

Le interesa, señora

El cabello blanco envejece. ¿Para qué parecer viejos? Usad La Flor de Oro, y tendréis el cabello negro, lustrado y abundante. Se vende en las perfumerías y droguerías.

COMPRE USTED MAÑANA DOMINGO

La Novela TEATRAL

10 cénts.



EL PERRO
y la lámpara

OSRAM

son los más fieles amigos del hombre. Aquél es el guardián de la casa. La lámpara OSRAM es la celosa administradora del consumo eléctrico y la alegría sana del hogar.

Todo el mundo lo dice: La lámpara
OSRAM no alumbra, deslumbra.

Concesionario: LEÓN ORNSTEIN - Madrid